

EFRAÍN HUERTA. *Aurora roja. Crónicas juveniles en tiempos de Lázaro Cárdenas. 1936-1939*. Edición de Guillermo Sheridan. México: Pe-cata minuta, 2006, 298 pp.

En el conocido retrato que Lola Álvarez Bravo le hizo a Efraín Huerta en 1940 es posible descubrir los rasgos más sobresalientes no de la persona, sino del escritor, del inevitable personaje literario construido con entusiasmo por el joven de aquel entonces. Sobre un fondo gris (quiero decir, adusto, frío), necesariamente urbano, emerge el torso de un joven cuyo traje negro se prolonga en la sombra proyectada sobre el muro. El rostro de Efraín, entonces ya admirado poeta y polémico periodista, inclina sus rasgos estudiantiles (lentes redondos, ligero copete envaselinado) hacia su costado derecho, con ojos entreabiertos y enganchados en el suelo. Reflexión adolorida, concentración que entenece y asusta en rasgos tan jóvenes, la fotografía nos devuelve los trazos ideales del bardo de *Los hombres del alba*. Pero la flor en la solapa suaviza la máscara de arrogancia intelectual y nos entrega también al autor de *Absoluto amor*; más aún, en el seño adusto y lector (otra vez los lentes) podemos adivinar la compasión comprometida de los *Poemas de guerra y esperanza*.

Y es que el Efraín Huerta por todos leído con exaltación ha sido el poeta, el cocodrilo feroz, tierno y gracioso a la vez, capaz de maldecir a la ciudad, de jugar con los niños y de carcajearse de todo y de sí mismo desde la añoranza del lecho amoroso. Mas poco se ha explorado “el lado B” del escritor guanajuatense, el lado de la ingrata pero necesaria labor periodística de quien la ejerció de modo constante junto con el trabajo poético. Por ello la antología *Aurora roja. Crónicas juveniles en tiempos de Lázaro Cárdenas (1936-1939)*, preparada por Guillermo Sheridan y su equipo de colaboradores, resulta una necesaria aportación para completar el retrato literario de los primeros y más fecundos años creativos de Huerta. El libro incluye 100 de sus crónicas del periodo cardenista escogidas entre las publicadas originalmente en el *Diario del Sureste* (editado en Mérida, Yucatán) y en *El Nacional*. La selección va acompañada de un estudio previo de Sheridan además de numerosas notas explicativas, la mayoría indispensables para comprender las referencias de los textos a personajes y eventos de la época.

En su estudio preliminar, Sheridan pasa revista al papel desempeñado por Huerta en el agitado mundo intelectual y político de la década de los treinta, marcado en casi todo el mundo por los desencuentros ideológicos entre comunismo, fascismo y capitalismo (con sus inevitables resonancias en el plano estético). Y como advierte el investigador, algunos sectores del México de ese entonces no querían sentirse ajenos al debate mundial, capaz de desgarrar más adelante no sólo ideas sino vidas humanas. Es allí donde Huerta decide colocarse en el ala izquierda en la arena de posiciones intelectuales del momento; su militancia comunista se despliega en las calles, en los mítines, en los congresos estudiantiles y en el recurso propagandístico por excelencia: el periodismo. Así, todos los movimientos de la vida pública del joven poeta, desde las aulas de San Ildefonso y la revista *Taller* hasta su ataque a los Contemporáneos, son estudiados con rigor historiográfico en el texto de Sheridan, quien para reforzar sus interpretaciones recurre tanto al dato “global” (las pugnas entre los artistas europeos de la primera posguerra) como al personal, más íntimo, sobre el mismo Huerta. Todo ello es vertido finalmente en una novedosa propuesta de lectura del cocodrilo poeta: “pues es pertinente no olvidar que estas crónicas fueron escritas por un joven poeta y que, por tanto, todo lo escrito incide en su poesía, o la refleja” (40). De tal manera, Sheridan no evita en ocasiones una crítica severa a las primeras producciones del guanajuatense, apuntando sus debilidades estilísticas y sus deudas “excesivas” con autores por entonces ya consagrados. Provocador acercamiento a libros que ocupan un lugar, en apariencia inamovible, dentro del canon literario nacional.

La crónica moderna ha logrado colocarse a medio camino entre el periodismo y la literatura, entre las exigencias de novedad constante y el trabajo cuidadoso del lenguaje, entre los gustos cambiantes del mercado lector y la voluntad de crear belleza a partir de lo cotidiano. Los textos de *Aurora roja* no escapan a estas tensiones, si bien se agregan otras en su caso particular como la evidente necesidad de hacer propaganda comunista sin abandonar la inspiración en objetos menos combativos como la belleza femenina, los versos de sus contemporáneos o los atractivos naturales y culturales de un país agitado por el entusiasmo cardenista. Y quizá sea la “disciplina partidaria” de estas crónicas lo que, en un principio, enturbie nuestro acercamiento a ellas atizando nuestro desdén hacia los entusiasmos ciegos, hacia la fe en sistemas imposibles pero fascinadores. Sin embargo, los escritos de Huerta nos devuelven un registro inesperado de una época a medias conocida por la mayoría de los lectores; además de sus virtudes de estilo (afortunado y feroz uso de la ironía, prosa ligera por momentos recargada de verdadera poesía), estas crónicas se vuelven un repertorio de personajes, ideas, eventos indispensable a la hora de intentar reconstruir una década tan importante en la historia cultural del país.

Las crónicas de *Aurora roja* transcurren entre el 36 y el 39 cruzando los eventos de propaganda comunista (tolerados y fomentados por el régimen), la guerra civil española, el amor a la poesía y a la mujer, el novedoso entusiasmo por el cine, el ojo maravillado durante los viajes por el interior del país, y el odio visceral cargado de homofobia hacia el arte políticamente no comprometido de los Contemporáneos. Cada uno de estos temas no pueden escapar a las observaciones partidarias, ni siquiera cuando en textos como “Divagación forzosamente sentimental” el autor desea descansar de tanto trajín ideológico meditando sobre la belleza femenina: “Salud, pues, lindísimas mujeres de Yucatán. Y un recuerdo a las españolas viriles que escriben la historia con su sangre de positivas diosas de la *revolución mundial*” (61). Otro tanto ocurre en las primeras críticas cinematográficas de quien en las siguientes décadas destacaría en el género; según el joven poeta, en la Unión Soviética “se hace el mejor cine del mundo” (58). Pero la pasión ideológica de Huerta también atrae a sus escritos comentarios sobre la obra de Neruda, Alberti, García Lorca, Pellicer, Hernández y otros más cuya postura intelectual le parece “correcta” al cronista. Y es en estas últimas páginas donde el autor de *Los hombres del alba* se siente más a sus anchas, donde su prosa se permite alzar sus capacidades líricas y hablar con mayor libertad expresiva sobre sus iguales, finalmente poetas.

Conviene volver a resaltar la utilidad de las notas explicativas que acompañan a cada sección de la antología. También ellas nos permiten asomarnos a la vida cultural de una década fértil en intercambios y debates ideológicos. Así, en su conjunto *Aurora roja* nos permite completar el retrato emocional e intelectual de aquel joven entusiasta que, como afirma Sheridan, “vivió como se debía vivir: con una apasionada, auténtica, innegociable libertad” (49). Lamentablemente, la edición se restringió a cincuenta ejemplares destinados a las bibliotecas públicas; esperamos en un futuro poder hallar en librerías este valioso material.

ELIFF LARA ASTORGA
Instituto de Investigaciones Filológicas